

TEMA 13

CUARTO MANDAMIENTO : HONRARÁS A TU PADRE Y A TU MADRE

LECTURA DE LA PALABRA DE DIOS

Breve comentario y 2 minutos de silencio

Texto : (Sir.3,1-16)

ENTRANDO EN EL TEMA

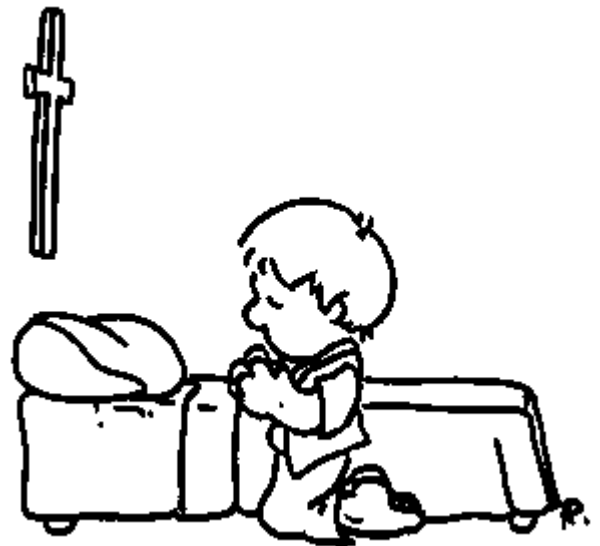
- El cuarto mandamiento es uno de los más importantes y hermosos de los que Dios nos pide cumplir. El mismo *Jesucristo*, cuando un joven rico le preguntó qué había de hacer para salvarse, le respondió que en primer lugar tenía que cumplir los mandamientos, y entre éstos incluyó el de "honrarás a tu padre y a tu madre" (cf. Mc. 7, 10 y Dt. 5, 16). Honrar a nuestros padres es ante todo un *deber de hijos* suyos que somos. Es cierto que a veces algunos padres no se portan bien con sus hijos, e incluso llegan a maltratarlos, pero de cualquier manera un buen hijo siempre debe *respeto a sus padres* y ha de procurar ayudarlos en sus necesidades, especialmente cuando se hacen mayores y no pueden valerse por sí mismos.
- También es cierto que los hijos deben *obedecer a sus padres* mientras sigan viviendo con ellos, o sea hasta que formen su propia familia. Sin embargo, no estarían obligados a obedecerles si les mandasen alguna cosa contraria a la ley de Dios, como sería hacer mal a alguien, robar, etc. Como dijo san Pedro en una ocasión a los judíos, "hay que obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hch. 5, 29). Esto no quita, por supuesto, que en la cosas normales de la casa los hijos deban obedecer a sus padres, como he dicho, como una muestra de respeto y para que la familia funcione correctamente.
- Quizás nos estemos preguntando las razones de este respeto y de esta sana obediencia a los padres, y en vuestro caso de vuestros hijos hacia vosotros. Para comenzar, yo diría que los hijos no deben solamente respeto y obediencia a sus padres, sino sobre todo *amor y gratitud*, además de ayuda. Que hay que amar a los padres, y los padres a sus hijos, puede parecer una verdad evidente, que no necesita demostración; los hombres y mujeres acostumbran tener por

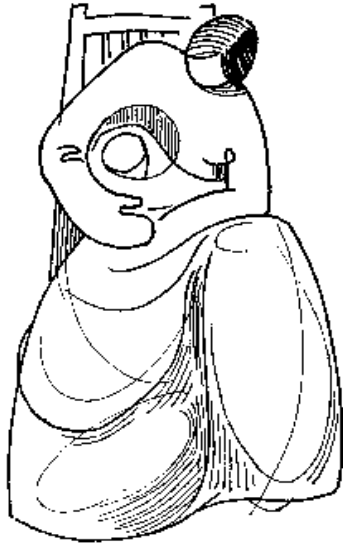


instinto un amor profundo a sus hijos, y éstos tienden a su vez a amar a sus padres. Esto sucede, por descontado, cuando los padres y los hijos son como deben ser, y viven mínimamente la virtud en su vida de cada día. No me refiero aquí a esos tristes casos de padres que abandonan a sus hijos o de hijos que pierden el respeto a sus padres, por las razones que sean. No, me refiero a esa ley maravillosa que Dios ha escrito en el corazón de todo hombre - varón y mujer-, por la cual surge espontáneamente, desde dentro, *el amor a los hijos* y de éstos hacia sus padres; porque les alimentan, les cuidan, les compran ropa, les dan una educación y, por encima de todo, les quieren con cariño, se preocupan de ellos y les han traído al mundo, dándoles el don más precioso de todos, la vida.

- Hemos pensado alguna vez en lo maravilloso que es poder vivir y convivir junto a nuestros seres queridos? Supongo que sí, y la mayoría tenemos ya la experiencia dolorosa de alguna persona cercana a nosotros que nos ha dejado para unirse a Dios en el Cielo. Digo todo esto para que reflexionemos en *cuánto debemos a nuestros padres*, incluso aunque no nos quisieran, por el sólo hecho de habernos engendrado y dado la vida. Y cuánto más deben querer los hijos a sus padres si son el fruto, como debe ser, de un amor sincero y profundo de sus padres entre sí. Otra cosa que no debemos olvidar es que en este amor a nuestros padres debemos *incluir también el amor a Dios*, nuestro Creador, pues Él es realmente también Padre nuestro. Y digo que es nuestro Padre no sólo porque Él ha creado todo el Universo, incluyendo la Tierra y la vida humana, sino porque Él colabora estrechamente con el hombre y con la mujer en la concepción de una nueva vida, de una nueva persona humana. En efecto, a ese óvulo fecundado que es ya un ser humano único e irrepetible -o varios sin fueran gemelos o trillizos-, *Dios une desde el primer instante el alma* -o las almas de cada una de ellos-, que caracteriza espiritualmente al hombre como un ser capaz de conocer y de amar a Dios para siempre. De aquí que de alguna forma este cuarto mandamiento nos mueva a honrar y amar no solamente a nuestros padres terrenos, sino también a Dios Padre que quiere que seamos al mismo tiempo *auténticos hijos suyos*

Hasta ahora hemos hablado principalmente de porqué debemos amar a nuestros padres, y vuestros hijos a vosotros, y de algunas obligaciones que los hijos tienen para con sus padres: respeto, obediencia, gratitud y ayuda, además de amor. Sin embargo, todos sabemos que ser padres no sólo incluye los deberes de vuestros hijos hacia vosotros, sino, primeramente, vuestras responsabilidades y obligaciones hacia ellos. En efecto, además de los deberes de los hijos para con sus padres, importantísimos para el buen funcionamiento de la familia y de la sociedad, están los *deberes de los padres*. De hecho, ya los hemos mencionado muy de pasada: darles alimento, vestido, educación, atención médica en las enfermedades..., y ante todo, como ya hemos dicho, cariño, consejo, una guía segura y a veces firme y exigente, especialmente cuando se desvían o se portan mal, pero siempre llena de amor, comprensión y perdón.





- No obstante, no podemos olvidar entre los deberes de los padres uno principalísimo y del que depende la felicidad de sus hijos. Porque no basta atender a sus necesidades materiales, sino que es necesario atender al mismo tiempo a las de su espíritu, para que conozcan todas aquellas cosas que les permitirán vivir la vida con los pies bien puestos sobre la tierra, pero con la mirada atenta a los valores trascendentes, la fe en Dios, el conocimiento y amor a Jesús. Porque...de que nos serviría que nuestros hijos fueran dignamente vestidos, sacaran buenas notas y encontrasen luego un trabajo decente – cosas todas ellas necesarias sin duda –, si no conociesen al mismo tiempo el *camino de la virtud y de la fe* que nos da la felicidad en este mundo y nos abre las puertas del Cielo? Aunque el trabajo y el dinero son indispensables para que una familia pueda vivir en armonía -y esto lo sabemos por experiencia-, no

es menos cierto que existen familias acomodadas y que tienen todo lo necesario para ser felices, pero no lo son porque no viven en sus vidas *el amor, la solidaridad y la honradez* que provienen de Dios y a Él conducen. Queremos una *guía cierta en nuestro trato* con los hijos y con nuestros familiares en general? : pensemos en el amor eterno e infinito con que se aman las tres *personas de la familia de Dios*: el Padre, su Hijo eterno como Él, y el Espíritu Santo, también eterno, que brota como fruto maduro del amor entre el Padre y el Hijo. He aquí el origen infinito de todo amor entre padres e hijos que debemos imitar en nuestras vidas. Y si verdaderamente queremos imitar este amor en nuestras vidas para ser felices y dar gloria a nuestro Creador, fijémonos en el ejemplo que Dios nos ha dado por medio de su único Hijo: en el *amor de Jesús a su Madre*, la santísima Virgen, y en el que debió tener hacia san José, su padre legal en la tierra. Y al contrario, en el amor inmenso que *María y José* tenían por su divino Hijo, que les hizo darle lo mejor de sus vidas para que pudiera crecer sano y robusto, tanto en el cuerpo como en su espíritu. Aunque este aspecto de sus vidas aparece en el Evangelio muy pocas veces, algunos pasajes del mismo nos bastan para intuir y penetrar en esta realidad que puede iluminar nuestra vida: la *preocupación de José y María* cuando se les pierde el niño Jesús (Lc. 2, 41-50), o las frases que resumen la vida de éste con sus padres: "*Jesús fue con ellos a Nazaret* y les estaba sujeto" -es decir, les obedecía respetuosamente. Y que "Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres" (Lc. 51-52). Estos y otros ejemplos, como el recuerdo de la santísima Virgen al pie de la cruz de su Hijo, deberían convertirse en *objeto de nuestra meditación* cuando hablemos con Jesús y con María en nuestras oraciones, para poder recibir de ellos la luz y la fuerza que necesitamos en las dificultades de cada día. *Pidámosles ahora que nos ayuden* siempre a tratar a nuestros padres y a nuestros hijos con el mismo cariño y sentido del deber con que ellos se querían el uno al otro.

